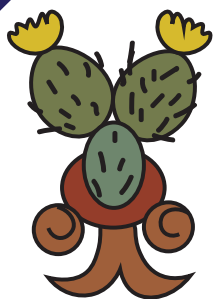


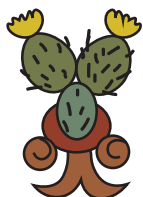
Primera Carta Pastoral

Al celebrar el VII aniversario de la Diócesis de Xochimilco
en el marco de la Asamblea Diocesana Sinodal 2026



✠ Juan María Huerta Muro
Obispo de Xochimilco

¡Caminemos juntos por una pastoral más viva y misionera!





CARTA PASTORAL

Al celebrar elVII aniversario de la Diócesis de Xochimilco
en el marco de la Asamblea Diocesana Sinodal 2026

**“CAMINEMOS JUNTOS
POR UNA PASTORAL
MÁS VIVA Y MISIONERA”**



I. INTRODUCCIÓN

1. A los presbíteros y diáconos, a los miembros de la vida consagrada, a los seminaristas, a los agentes de pastoral, catequistas, mayordomos y fiscales, a las familias, jóvenes y fieles laicos, y a todo el santo Pueblo de Dios que peregrina en la Diócesis de Xochimilco:

Gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y de Jesucristo, el Señor.

Queridos hermanos y hermanas, como padre y pastor:

II. AÑO Y MEDIO PEREGRINANDO JUNTOS

2. El próximo 19 de septiembre se cumple un año y medio desde aquel día en que, por gracia de Dios y mandato de la Iglesia, inicié mi ministerio episcopal en esta querida Diócesis de Xochimilco.

3. Al volver la mirada sobre estos meses, mi primera palabra es de gratitud: doy gracias a Dios por esta Iglesia particular que me ha confiado, por sus sacerdotes y diáconos, por las personas consagradas, por nuestros seminaristas, por los catequistas y agentes de pastoral, por los mayordomos y fiscales, por las familias, jóvenes, niños y adultos mayores; por tantos hombres y mujeres que, muchas veces en el silencio, mantienen viva la fe de nuestras comunidades.

4. Durante este tiempo he procurado acercarme, conocer, escuchar y acompañar. He recorrido parroquias y comunidades, y he celebrado con ustedes sus fiestas y tradiciones; me he encontrado personalmente con sacerdotes, diáconos permanentes, miembros de la vida consagrada y fieles; así como he podido acercarme a las diversas realidades de nuestra **Diócesis de Xochimilco**, integradas por tres Alcaldías: Xochimilco, Tláhuac y Milpa Alta; a sus pueblos y barrios, a sus alegrías, preocupaciones y esperanzas. He contemplado comunidades profundamente orgullosas de sus raíces.





5. A lo largo de mi camino, he visto la belleza de nuestras tradiciones y he encontrado una religiosidad popular que sigue siendo para muchas familias un lugar privilegiado de encuentro con Dios. Estas expresiones de fe, arraigadas en el corazón de los hogares, no solo preservan nuestra identidad cultural, sino que también actúan como un puente vivo hacia lo trascendente. Y también he escuchado inquietudes, he conocido heridas y he percibido cansancios que pesan en el alma de nuestra gente. Detrás de las tradiciones y de la fe compartida, coexiste una realidad humana marcada por las dudas sobre el futuro, los dolores no sanados y el desgaste de la rutina diaria.

6. Debemos reconocer con honestidad que existen prácticas tradicionales que, con el paso del tiempo, se han mezclado con hábitos que dañan a las personas, como los excesos en el consumo de alcohol, conductas violentas, rivalidades, endeudamientos desproporcionados y comportamientos que oscurecen el verdadero sentido religioso de la fiesta. No todo lo antiguo es necesariamente bueno ni toda costumbre debe conservarse diciendo «así ha sido siempre» sin ser iluminada por el Evangelio; la fe cristiana no destruye la cultura, sino que la purifica, la eleva y la orienta hacia aquello que dignifica al ser humano. Por ello, no tengamos miedo de plantearnos con sinceridad si nuestras tradiciones acercan a las personas a Dios, protegen a los niños y jóvenes, promueven la dignidad de las mujeres y construyen fraternidad, o si algunas necesitan ser revisadas, purificadas o incluso abandonadas, ya que la verdadera tradición nunca puede ser excusa para lo que destruye la vida.

7. Ante realidades complejas como el alcoholismo y otras dependencias que detrás esconden historias de profundo dolor, soledad y desintegración familiar no basta con condenar, sino que urge prevenir, educar, escuchar y crear comunidades parroquiales capaces de acompañar con misericordia, ofreciendo espacios donde una persona herida encuentre ayuda y no solamente juicio, porque Cristo vino para que tengamos vida en abundancia. Reconocer estas fragilidades no debilita nuestra comunidad; al contrario,

nos llama a la empatía profunda y a convertirnos en un espacio de consuelo mutuo, donde cada carga pueda ser compartida y cada herida encuentre un camino hacia la esperanza y la renovación.

8. He querido hacerlo no solamente como quien llega para gobernar, sino como un pastor que necesita primero escuchar y caminar con el rebaño que el Señor le ha confiado, porque también el Obispo necesita participar activamente en este proceso de escucha.

9. El Papa Francisco, de feliz memoria, lo recordó al concluir la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo: «También el Obispo de Roma [] necesita poner en práctica la escucha, es más, quiere hacerlo, para poder responder a la Palabra que cada día le repite: “Confirma a tus hermanos y a tus hermanas [] Apacienta mis ovejas ».

10. Después de este tiempo de peregrinar con ustedes, puedo decirles con afecto: ¡He aprendido a conocer y a querer más profundamente a esta Iglesia de Xochimilco! Este querer no puede ni debe quedarse en el espíritu del conformismo, manteniendo estructuras «como se ha hecho siempre» limitando la acción del Espíritu de Dios, que todo lo hace nuevo. Es necesario preguntarnos juntos qué nos está pidiendo hoy el Señor. El amor verdadero también pregunta, discierne, corrige, renueva y se atreve a comenzar nuevamente.

III. «EL QUE TENGA OÍDOS, OIGA LO QUE EL ESPÍRITU DICE A LAS IGLESIAS» (AP 2,7)

11. El libro del Apocalipsis insiste repetidamente en esta llamada a la atención: «El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias» (cf. Ap 2,7).

12. Esta invitación ilumina el momento que estamos viviendo en nuestro territorio diocesano. Antes de preguntarnos qué estructuras necesitamos, qué programas debemos organizar o qué actividades debemos realizar, tenemos que hacernos una pregunta más profunda: **¿Qué está diciendo hoy el Espíritu Santo a la Iglesia peregrina en Xochimilco?** Al reflexionar sobre el rumbo de nuestra comunidad, es indispensable cuestionarnos también qué está diciendo a nuestros jóvenes, qué espera de nuestras familias y qué nos quiere mostrar a través de las nuevas generaciones.





13. Por tanto, no se trata solamente de preguntarnos qué queremos hacer nosotros. Se trata de descubrir qué quiere Dios de nosotros. Esta diferencia es fundamental. Cuando centramos la vida en nuestros propios deseos, corremos el riesgo de construir un camino basado en expectativas superficiales, presiones externas o metas que caducan rápido. En cambio, descifrar la voluntad divina exige una actitud de profunda escucha, humildad y discernimiento, recordándonos que formamos parte de un propósito mucho más grande y trascendente que nuestra propia agenda personal.

14. Una Iglesia puede tener muchas actividades y, sin embargo, perder de vista su misión. Podemos llenar agendas, organizar celebraciones y multiplicar reuniones, pero si no nos ponemos a la escucha del Espíritu, corremos el riesgo de trabajar mucho sin preguntarnos suficientemente hacia dónde quiere conducirnos el Señor.

15. Por eso, es necesario detenerse para que, en comunión: participemos, oremos, nos escuchemos y discernamos volviendo nuestra mirada hacia Jesucristo. En un mundo acelerado que exige respuestas inmediatas, la acción de detenerse nos permite silenciar el ruido exterior para sintonizar con una frecuencia más profunda. Al orar y escucharnos mutuamente con atención auténtica, no solo compartimos palabras, sino que tejemos un lazo de corresponsabilidad donde cada voz cuenta. Este ejercicio de discernimiento colectivo carece de sentido si se hace de forma aislada; por eso, cobra su verdadera fuerza al volver la mirada hacia Jesucristo, tomándolo como el centro, la brújula y el criterio definitivo para caminar juntos en la dirección correcta. Al igual que los discípulos de Emaús, quienes caminaban decepcionados y tristes sin reconocer de inmediato a Jesús, hoy nosotros también cargamos con preguntas, cansancios, pérdida de entusiasmo, la dificultad para convocar a los jóvenes y el peso de las responsabilidades pastorales. Sin embargo, esta imagen bíblica (cf. Lc. 24,13-35) nos recuerda que Jesús continúa acercándose a nuestra realidad para caminar con nosotros, preguntar y escuchar antes de iluminar nuestra historia con la Palabra y partir el pan.



IV. UNA IGLESIA QUE APRENDE A CAMINAR JUNTA

16. La Iglesia universal ha recorrido durante los últimos años un importante camino a través de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos: «Por una Iglesia sinodal: comunión, participación, misión».

17. El Documento Final, aprobado el 26 de octubre de 2024, recoge el fruto de un largo proceso de escucha y discernimiento iniciado en 2021. El Papa Francisco quiso que ese documento con carácter Magisterial fuese ofrecido a toda la Iglesia como referencia para continuar el camino.

18. Ahora nos encontramos en la etapa de la Implementación. Esto significa que el Sínodo no terminó cuando concluyeron las reuniones en Roma; corresponde a las Iglesias particulares preguntarnos cómo llevar a nuestra vida concreta aquello que el Espíritu ha suscitado en la Iglesia universal. La Secretaría General del Sínodo ha insistido precisamente en que la forma sinodal de la Iglesia está al servicio de la misión y que su implementación debe conducir a opciones pastorales concretas en las Iglesias locales.

19. De este modo, la Diócesis de Xochimilco está llamada ahora a implementar, en sus diversos contextos, las indicaciones contenidas en el Documento, a través de los procesos de discernimiento y de toma de decisiones previstos por el derecho y por el Documento mismo. No obstante, para lograrlo «se necesita tiempo, a fin de llegar a opciones que impliquen a toda la Iglesia», de modo que « en cada país o región se pueden buscar soluciones más inculturadas, atentas a las tradiciones y a los desafíos locales» (AL 3). Por eso, también nosotros, Xochimilco, Tláhuac y Milpa Alta, como Diócesis, queremos dar este paso.

V. ¿QUÉ SIGNIFICA LA SINODALIDAD PARA NOSOTROS?

20. La palabra sinodalidad puede parecernos nueva, pero la realidad que expresa pertenece profundamente a la vida de la Iglesia. No se trata de una moda pasajera, de una estrategia de gestión administrativa ni de una novedad teológica de los últimos tiempos; al contrario, hunde sus raíces en los orígenes mismos del cristianismo.

21. Sínodo significa «caminar juntos». Pero caminar juntos no implica simplemente reunirnos, sino que, en primer lugar, se refiere al «estilo peculiar que califica la vida y la misión de la Iglesia, expresando su naturaleza como el caminar juntos y el reunirse en asamblea del Pueblo de Dios, convocado por el Señor Jesús en la fuerza del Espíritu Santo para anunciar el Evangelio» (CTI, n. 70a, 2 de marzo de 2018). En segundo lugar, «la sinodalidad designa entonces, en un sentido más específico y determinado desde el punto de vista teológico y canónico, aquellas estructuras y procesos eclesiales en los que la naturaleza sinodal de la Iglesia se expresa a nivel institucional, de modo análogo, en los diversos niveles de su realización: local, regional, universal. Tales estructuras y procesos están al servicio del discernimiento autorizado de la Iglesia, llamada a identificar la dirección a seguir en la escucha del Espíritu Santo» (CTI, n. 70b). Por último, la sinodalidad designa «la realización puntual de aquellos eventos sinodales en los que la Iglesia es convocada por la autoridad competente y según procedimientos específicos determinados por la disciplina eclesiástica, implicando de diferentes modos, a nivel local, regional y universal a todo el Pueblo de Dios bajo la presidencia de los obispos en comunión colegial y jerárquica con el Obispo de Roma, para el discernimiento de su camino y de las cuestiones particulares, y para la toma de decisiones y orientaciones en orden al cumplimiento de su misión evangelizadora» (CTI, n. 70c).

22. La sinodalidad no significa que todas las decisiones de la Iglesia se tomen por votación o que desaparezcan los diversos ministerios y responsabilidades que el Señor ha querido para su Iglesia; tampoco pretende sustituir la autoridad del Obispo ni el ministerio de los sacerdotes.

23. Significa algo mucho más profundo: reconocer que, por el Bautismo, todos pertenecemos al único Pueblo de Dios y que el Espíritu Santo distribuye dones, carismas y ministerios para la edificación de la Iglesia y el cumplimiento de su misión.

24. Por eso, una Iglesia sinodal es una Iglesia que ora unida, escucha, dialoga, discierne, participa y, finalmente, sale a la misión, tiene, por tanto, una finalidad evangelizadora. No caminamos juntos para quedarnos juntos; caminamos juntos para salir juntos a anunciar a Jesucristo.

VI. UNADIÓCESIS CON ROSTRO SINODAL

25. La sinodalidad no puede quedarse en una palabra bonita ni en un concepto elaborado lejos de nuestra realidad; a la luz de las orientaciones fundamentales del Documento Final, es mi deseo ponerla en práctica en nuestra Iglesia local, en sus diversas agrupaciones y contextos, teniendo en cuenta el camino recorrido y lo que aún queda por hacer para aprender y desarrollar, cada vez mejor, el estilo propio de la Iglesia sinodal misionera.

26. Nuestro camino sinodal tiene que encarnarse y tener rostro: el de nuestra gente. Este rostro es el de nuestros pueblos originarios y barrios, el de nuestras familias, el de nuestros niños que comienzan a descubrir la fe, el de los jóvenes que buscan razones para creer y esperar, y el de nuestros adultos mayores que han transmitido tradiciones durante generaciones. Es el rostro de nuestros sacerdotes que celebran, acompañan, confiesan, visitan enfermos y permanecen junto a sus comunidades, así como el de nuestros diáconos permanentes, religiosas, religiosos y catequistas. Se refleja también en nuestros mayordomos y fiscales, y en quienes preparan una fiesta patronal, adornan un templo, organizan una peregrinación o transmiten una devoción heredada de sus padres y abuelos. Pero con igual fuerza, debe ser el rostro del que está solo, del enfermo, de la familia en crisis, del joven sin sentido de vida, de quien sufre violencia, del excluido, del desempleado, de quien se ha alejado o de quien alguna vez se sintió herido por nosotros; porque todos ellos, sin excepción, pertenecen al horizonte de nuestra misión. Para lograrlo, la Diócesis tiene que escuchar.

27. No queremos copiar simplemente modelos pastorales de otros lugares. Queremos preguntarnos: **Cómo Diócesis de Xochimilco ¿Cómo quiere Jesucristo que seamos una Iglesia más sinodal, renovada y misionera?**





VII. LO QUE HE VISTO Y ESCUCHADO

28. Durante este año y medio he encontrado mucho por lo cual dar gracias. He encontrado fe, amor a Jesucristo y profunda devoción a la Santísima Virgen María, comunidades orgullosas de sus raíces y capaces de realizar grandes esfuerzos para conservar sus templos, sus fiestas, sus tradiciones; sacerdotes que entregan su vida generosamente, laicos que sirven a sus comunidades durante años sin esperar reconocimientos; familias que transmiten la fe a sus hijos, jóvenes que, cuando son escuchados y acompañados, muestran una sorprendente generosidad. Todo esto debemos reconocerlo y agradecerlo.

29. Pero, precisamente el amor a nuestra Iglesia nos exige también mirar aquello que necesita ser fortalecido o renovado:

- Necesitamos preguntarnos por la transmisión de la fe a las nuevas generaciones.
- Necesitamos fortalecer nuestros procesos de iniciación cristiana y catequesis.
- Necesitamos formar mejor a nuestros agentes pastorales.
- Necesitamos cuidar y promover las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, así como descubrir con mayor claridad la vocación y misión propia de los laicos.
- Necesitamos fortalecer nuestros consejos y organismos de participación.
- Necesitamos superar donde existan, el aislamiento, los protagonismos, la fragmentación y la dificultad para trabajar conjuntamente.
- Y, sobre todo, necesitamos recuperar permanentemente una convicción: la parroquia y la Diócesis no existen para conservarse a sí mismas, sino para evangelizar.

VIII. NO PODEMOS QUEDARNOS SOLAMENTE CON QUIENES YA ESTÁN

30. Existe una tentación pastoral latente que debemos reconocer: la de acostumbrarnos a trabajar siempre con las mismas personas, celebrando con quienes vienen, organizando actividades para quienes ya participan y convocando solo a quienes sabemos que responderán. Sin embargo, Jesucristo nos invita constantemente a mirar más lejos y a preguntarnos con honestidad: ¿Dónde están quienes ya no vienen, dónde están nuestros adolescentes tras recibir los sacramentos, dónde están tantos jóvenes, qué sucede con los matrimonios jóvenes y con las familias que enfrentan nuevas realidades y necesitan acompañamiento?

31. También debemos cuestionarnos quién escucha a quienes atraviesan por situaciones de duelo, enfermedad, pobreza, violencia, soledad o desesperanza; pues una Iglesia verdaderamente misionera no espera a que las personas lleguen, sino que sale a encontrarlas. Por ello, uno de los grandes desafíos de nuestra Diócesis consiste en aprender nuevamente a salir de nuestras oficinas, rutinas, pequeños círculos e incluso de nuestras seguridades, no con la intención de abandonar lo bueno que hemos recibido, sino con el firme propósito de llevar el Evangelio cada vez más lejos.

IX. UNA CONVERSIÓN PASTORAL Y MISIONERA

32. Por eso, la renovación que necesitamos no comienza por cambiar estructuras; comienza en el corazón. Necesitamos una conversión de las relaciones, la cual, debe ser personal, comunitaria y pastoral:



- Conversión para escuchar antes de responder.
- Conversión para dialogar antes de juzgar.
- Conversión para reconocer los dones de los demás.
- Conversión para pasar del «siempre se ha hecho así» al discernimiento de lo que hoy necesita la evangelización.
- Conversión para superar una pastoral de acontecimientos aislados y avanzar hacia verdaderos procesos de evangelización.
- Conversión para que nuestros organismos pastorales no existan solamente en el papel, sino que sean verdaderos espacios de comunión, discernimiento y corresponsabilidad.
- Y conversión también para quienes ejercemos algún servicio de autoridad en la Iglesia: Obispo, sacerdotes, diáconos, laicos responsables y coordinadores.

33. Porque la autoridad cristiana encuentra su modelo en Jesucristo, que vino «no a ser servido, sino a servir» (Mc 10,45).

X. POR UNA PASTORAL MÁS VIVA Y MISIONERA

34. De esta convicción nace el lema que acompañará nuestro camino: «**Caminemos juntos por una pastoral más viva y misionera**». Cada palabra importa.

- **Caminemos:** porque nos invita a la participación, a no permanecer inmóviles.
- **juntos:** el núcleo de la sinodalidad, la comunión, la unidad en la diversidad; porque nadie construye solo la Iglesia.
- **por una pastoral:** porque nuestro discernimiento deberá traducirse en decisiones y procesos concretos con los que renovaremos y fortaleceremos la diócesis.
- **más viva:** porque queremos comunidades llenas del Espíritu Santo, cercana a la realidad de las personas, en las que la fe sea encuentro con Cristo y no solamente cumplimiento o costumbre.
- **y misionera:** porque todo lo que hagamos deberá conducirnos hacia quienes esperan, quizá sin saberlo, una palabra de esperanza y el encuentro con Jesucristo.

35. Nuestro sueño no puede ser simplemente tener más actividades, sino tener más discípulos de Jesucristo, más familias que vivan su fe y más jóvenes que encuentren en la Iglesia un verdadero hogar. Este horizonte pastoral nos exige enfocar los esfuerzos para que los niños conozcan de cerca a Jesús, las comunidades desarrollen una auténtica capacidad de servir y surjan más cristianos comprometidos con transformar la sociedad desde los valores del Evangelio. Se trata de transitar de un activismo estéril hacia una pastoral profunda y transformadora, donde el centro sea el encuentro vivo con Cristo y el florecimiento espiritual de cada uno de sus miembros.



XI. CONVOCO A LA ASAMBLEA DIOCESANA SINODAL 2026

36. Por todo ello, y en el marco del VII aniversario de la erección canónica de nuestra Diócesis, he decidido convocar a la:

ASAMBLEA DIOCESANA SINODAL 2026

Cuyo objetivo general es **«Definir desde la comunión, participación y misión el camino sinodal de la Diócesis de Xochimilco para establecer prioridades, modos de proceder y renovar las acciones pastorales».**

Este encuentro lo viviremos territorialmente en estos días y, para su realización como lo acuerden los respectivos decanatos:

4 de noviembre	Milpa Alta
5 de noviembre	Xochimilco
6 de noviembre	Tláhuac

37. No será simplemente una reunión de representantes. Quiero que sea un acontecimiento eclesial de oración, escucha y discernimiento donde participarán sacerdotes, diáconos, miembros de la vida consagrada, seminaristas; representantes de las parroquias: responsables de pastorales, grupos y movimientos, así como mayordomos, fiscales y otros fieles laicos.

38. Pero, la Asamblea no comienza el 4 de noviembre, comienza desde ahora. La celebración de esos días será el punto culminante de un itinerario previo que requiere la implicación activa de todas nuestras comunidades.

XII. SEPTIEMBRE Y OCTUBRE: TIEMPO PARA ESCUCHAR

39. Durante los meses de septiembre y octubre, pido que nuestras parroquias y grupos estudien y reflexionen el Documento Final de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos. Para ello, se ha retomado de la página de la CEM los **Talleres de Formación Sinodal** adaptando algunas preguntas concretas de dicho material y que servirán para lograr este cometido.

40. No se trata simplemente de leer un documento; queremos aprender a leer nuestra propia realidad a su luz. Por ello, el trabajo previo deberá ayudarnos a responder preguntas fundamentales:

- ¿Dónde descubrimos vida y esperanza en nuestra Diócesis?
- ¿Qué está dificultando nuestra misión evangelizadora?
- ¿A quiénes no estamos escuchando suficientemente?
- ¿Qué estructuras o prácticas necesitan renovarse?
- ¿Qué debemos conservar y fortalecer?
- ¿Qué debemos dejar atrás?
- ¿Y qué nuevos caminos nos está invitando el Espíritu a recorrer?

41. Los frutos del trabajo de los Talleres serán recogidos para que, durante la Asamblea, podamos madurarlos desde el método sinodal. De este modo, quienes participen en noviembre no acudirán solamente a expresar opiniones personales: llevarán consigo la voz, la oración y el discernimiento de sus comunidades.

XIII. CONVERSAR EN EL ESPÍRITU

42. Deseo que aprendamos también una forma de escucharnos que el camino sinodal ha recuperado con especial fuerza: la conversación en el Espíritu. No consiste simplemente en discutir hasta convencer al otro. Supone escuchar la Palabra, orar, guardar silencio, escuchar al hermano y preguntarnos qué mociones suscita el Espíritu Santo a través de aquello que estamos compartiendo. Esto exige humildad.

43. A veces tendremos que hablar; otras veces tendremos que aprender a callar y escuchar. Y todos tendremos que aceptar como el Espíritu Santo puede mostrarnos algo a través de una persona que piensa de manera distinta a nosotros. La finalidad no será preguntarnos «¿Quién ganó la discusión?» sino: «¿Qué nos está diciendo el Espíritu?»

XIV. DESPUÉS DE LA ASAMBLEA COMENZARÁ LO MÁS IMPORTANTE

44. Quiero subrayarlo desde ahora: el éxito de nuestra Asamblea no se medirá por el número de asistentes, por la belleza de los materiales ni siquiera por la calidad de nuestras reflexiones: se medirá por sus frutos.

45. Después de escuchar y discernir, tendremos que orientar, decidir e implementar. La propia fase universal de implementación del Sínodo está invitando actualmente a las Iglesias locales a recorrer un itinerario de hacer memoria, interpretar, orientar y celebrar, de camino hacia las asambleas de evaluación y la Asamblea eclesial de 2028.

46. Nuestra Asamblea Diocesana se inserta, por tanto, en un momento verdaderamente oportuno en la vida de la Iglesia. De ella deberán surgir prioridades: algunas podrán realizarse inmediatamente, otras requerirán tiempo y algunas exigirán formación; otras necesitarán revisar estructuras y métodos, y seguramente habrá algunas que nos pedirán abandonar prácticas porque ya no responden suficientemente a las necesidades actuales de la evangelización.

47. Pero todo deberá conducir a que Jesucristo sea más conocido, amado y seguido en nuestros pueblos y comunidades.

XV. A MIS HERMANOS SACERDOTES

48. Permítanme dirigir una palabra particular a mis hermanos presbíteros: los necesito en este camino. La Diócesis los necesita. Nuestros fieles los necesitan.

49. La sinodalidad no disminuye el ministerio sacerdotal; por el contrario, nos invita a vivirlo más profundamente como servicio a la comunión.

50. Les pido animar este proceso en sus comunidades. No lo consideren una actividad añadida a tantas otras; denle un lugar prioritario, ayuden a sus fieles a participar con libertad, responsabilidad y espíritu eclesial. Escuchemos también nosotros. Acompañemos. Discernamos y participemos unidos como presbiterio alrededor de Jesucristo y en comunión con su Obispo.





XVI. A LOS CONSAGRADOS, SEMINARISTAS Y FIELES LAICOS

51. A los miembros de la vida consagrada, les pido que aporten la riqueza profética de sus carismas; ustedes centinelas en el silencio, también necesitamos escucharlos. A nuestros seminaristas, que aprendan desde ahora que el ministerio al que se preparan deberá ejercerse escuchando a Dios y caminando con su Pueblo.

52. Y a ustedes, queridos fieles laicos: la Iglesia necesita su voz y su compromiso, no son espectadores de la misión de la Iglesia, por el Bautismo, son discípulos misioneros de Jesucristo.

53. La familia, la educación, la cultura, el trabajo, la economía, el servicio público, los medios de comunicación, el cuidado de la creación y la atención a quienes sufren son también lugares donde ustedes están llamados a hacer presente el Evangelio. Una Iglesia verdaderamente misionera necesita laicos maduros, formados y corresponsables.

XVII. A LOS JÓVENES: QUEREMOS ESCUCHARLOS

54. Quiero dirigirme especialmente a ustedes, jóvenes, para recordarles que esta Iglesia también es su casa. Aunque somos conscientes de que a veces no encontramos la manera de hablar su mismo lenguaje, sé que algunos guardan preguntas que no se atreven a expresar o que otros piensan que la Iglesia tiene poco que decirles, hoy quiero pedirles algo de todo corazón: no se queden fuera.

55. Necesitamos con urgencia escucharlos, así como recibir su creatividad, sus interrogantes, su alegría y su maravillosa capacidad de soñar; por eso, no tengan miedo de preguntarnos ni de decirnos abiertamente qué esperan de la Iglesia. Tampoco teman preguntarle directamente a Jesús: «Señor, ¿qué quieres de mí?», ya que nuestra comunidad no busca jóvenes que sean solamente destinatarios pasivos de las actividades pastorales, sino jóvenes que asuman con valentía el protagonismo de la misión.

XVIII. A QUIENES SE HAN ALEJADO

56. Quiero dedicar también unas palabras a quienes por alguna razón se han alejado de la Iglesia: si ya no participas como antes porque tuviste una mala experiencia, te sentiste juzgado, atravesaste una crisis o simplemente te fuiste distanciando poco a poco, quiero decirte que sigues teniendo un lugar aquí. Queremos escucharte y, si alguna vez nuestra manera de actuar te impidió reconocer el rostro misericordioso de Jesucristo, necesitamos aprender de ello para cambiar.

57. Las puertas de nuestras comunidades deben permanecer abiertas de par en par, porque la Iglesia no es el hogar de los perfectos, sino la familia de quienes necesitamos constantemente de la infinita misericordia de Dios.

XIX. MARÍA CAMINA CON NOSOTROS

58. Ponemos todo este proceso bajo la protección de la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia y Estrella de la Evangelización.

59. Ella supo escuchar. Ella preguntó. Ella discernió. Ella respondió: «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Sólo después se puso en camino.

60. Que María nos enseñe también a nosotros a escuchar la Palabra, acoger al Espíritu y ponernos en camino. Le pido que nos libre de buscar nuestros propios intereses y, en cambio, nos enseñe a reconocer a Jesucristo en el centro de toda nuestra acción pastoral.



61. Que acompañe a esta querida Diócesis para que nuestras parroquias, pueblos y comunidades sean cada vez más lugares de comunión, participación y misión.

XX. CAMINEMOS JUNTOS

62. Queridos hermanos y hermanas: Después de este año y medio entre ustedes, miro hacia adelante con esperanza. No tengo todas las respuestas, tampoco pretendo que una Asamblea resuelva por sí sola todos nuestros desafíos, pero tengo una certeza: Jesucristo camina con su Iglesia y el Espíritu Santo continúa guiándola.

63. Por eso, los invito a que participemos. Escuchemos juntos. Oremos juntos. Discernamos juntos. Y, cuando llegue el momento, tengamos también la valentía de decidir y actuar juntos, cada uno desde la vocación y responsabilidad que el Señor le ha confiado.

64. Que nuestra Asamblea Diocesana Sinodal 2026 no sea solamente un acontecimiento. Que sea el comienzo de un modo renovado de ser Iglesia en Xochimilco: una Iglesia que escucha, que acoge, discierne, sirve. Una Iglesia que sale. Una Iglesia que anuncia a Jesucristo.

65. El horizonte que hoy vislumbramos nos convoca a edificar una comunidad que acompaña, defiende la dignidad humana, se conmueve profundamente ante el sufrimiento y trabaja incansablemente por la justicia y la paz. Esta es la Iglesia que no deja a nadie atrás y que anuncia con desbordante alegría a Jesucristo; esta es la Iglesia que deseo que sigamos construyendo, en la que quiero caminar junto a ustedes y la que hoy, con absoluta confianza, pongo en las manos del Señor.

¡Caminemos juntos por una pastoral más viva y misionera!

Con afecto de padre y pastor, encomiendo este camino al Señor Dios, a la Santísima Virgen María y a San Juan Bautista, patrono de la Diócesis, y les imparto de corazón mi bendición.

Santa Iglesia Catedral de Xochimilco, 19 de septiembre de 2026.



+ Juan María Huerta Muro
Obispo de Xochimilco



*¡Caminemos juntos por una pastoral
más viva y misionera!*





DIÓCESIS DE XOCHIMILCO

VII ANIVERSARIO DE ERECCIÓN CANÓNICA

